

Obra gráfica

LUIS VERDEJO



Ilustra la presente entrega de **EstePaís** | cultura una serie de dibujos de Luis Verdejo. Conocimos la obra de Luis hace algunos meses, en una exposición en la que compartía espacios con Aníbal Delgado, cuyo trabajo apareció en nuestro número de septiembre. Como afirmamos entonces acerca de las tintas de Aníbal, el material de Luis Verdejo llama la atención por una suerte de retorno al trazo elemental, al dibujo, en un sentido, primitivo. Pero si en el caso de Aníbal se trataba, creemos, de una evocación o parodia de ese arte primigenio que es la pintura rupestre, aquí, en las líneas quebradas, se diría que irreflexivas y

precipitadas, en los rayones de Luis, en sus fuertes esbozos, vemos una reinterpretación de otra forma de creación elemental: el dibujo infantil.

Vistos separadamente, los signos que componen la portada de nuestro número rescatan esa manera espontánea, arrojada, inexperta y vehemente que tiene un niño al plasmar una idea —¿un impulso?— en el papel. Los dibujos de Luis son un lance, un intento por despojarse de la formación-deformación,

del conocimiento-ignorancia que viene, inevitablemente, con la edad. Dijo alguna vez Huxley: “Cuando el hombre se convirtió en un ser intelectual y espiritual, pagó por sus nuevos privilegios con un tesoro de intuiciones, de espontaneidad emocional, de sensualidad aún privada de autoconciencia... En la práctica es psicológicamente imposible devolver los nuevos privilegios o contentarse con el primitivismo que se había pagado por ellos”. Es ese crecimiento, esa evolución, lo que desafía Luis con su obra.

En un segundo nivel, el de la relación entre esos componentes, la intensidad de cada uno de éstos, la energía contenida en los fuertes trazos desencadena vínculos —enlaces de la física elemental— y los pone en movimiento. El dibujo en apariencia accidentado da lugar también a juegos de perspectiva y al volumen —mírese la imagen que ilustra esta página. Conjeturamos: con la frescura de un aprendiz de las técnicas y los recursos de la plástica, un conocedor del oficio representa un conjunto organizado de sólidos que puede leerse como un homenaje a la más primigenia arquitectura: el Stonehenge.

En una entrevista reciente, nuestro artista relata cómo pidió a un alumno que usara para dibujar sólo la mano izquierda: “Desde ahora no existe la mano derecha ni para ti ni para mí —le dijo—. [...] Esa broma se convirtió en algo real. A veces me pasa que, sin darme cuenta, utilizo la mano derecha y siento que ésta se ha vuelto otra mano izquierda: dibuja con el ‘nerviosismo’ de la verdadera izquierda. Las ventajas: quizá que el dibujo sea más natural, espontáneo, menos premeditado”. Nada parece más acertado para acentuar el toque experimental, la búsqueda constante que late en el arte de Luis Verdejo. ~

